

bución de premios, con todo y discurso de un profesor, leído ante muy respetable concurrencia de señoras y señores, que ponían miedo en el corazón, «risa» en los ojos...

Como yo enseñaba Retórica, no extrañé que el Director me encargase, la víspera del gran día, el discurso de tabla. Y lo hice, naturalmente, con tema pedagógico y apariencias de originalidad, mirando más a lo hermoso que a lo grave del auditorio.

Dije que la «instrucción», propiamente, contiene en sí misma «enseñanza y educación». Y con petulancia estudiantil, más que profesional pedantería, saqué a colación lo de «INSTRUERE NAVEM» de los romanos, que es «aparejar el buque» o INSTRUERE, construir «en»; pues efectivamente, construido el casco de la nave, se bota al agua y a bordo se apareja, construyendo algo «en ella».

Por supuesto que, ante todo, hay que meter lastre y fondear en seguro, hasta que envergado todo trapo y todo listo, se zafan las amarras y navega la embarcación, bien tripulada y provista de su completo equipo...

Como presidía el acto un poeta, y a la sazón Ministro de Marina—el marqués de Molins—, movió las cejas—no cerúleas como las de Júpiter, sino negras y también célebres ya en letras castellanas— en señal de aprobación y aplauso.

Lo cual hubo de caldearme bastante la «máquina oratoria» y, leyendo más de lo que había escrito yo, dije lo que debía entenderse por casco y aparejo en los racionales, así como por lastre y por timón y por gente a bordo y brújula o aguja de marear

y demás menesteres para navegar en aguas de la vida...

Y como yo era entonces algo poeta en baja prosa corriente—gracias a los pocos años y mucha ignorancia de cosas positivas— me dejé correr más afuera, como quien dice, hasta engolfarme, comparando y distinguiendo, con pedagógica osadía, todo eso de jarcias y velamen, lastre y aguja de marear, así como gobierno y hábiles tripulantes en nosotros mismos, si oportunamente se nos instruye.

Y finalmente venía, con mi perorata, a parar en que la instrucción, o «superconstrucción» en el hombre como simple casco humano, pide conocimiento elemental de todo ello y fácil manejo acertado de lo mismo, esto es: enseñanza y educación...

Bien entendía yo las cosas a mi modo, y pareció que me comprendía el Marqués poeta y ministro, cargado de cejas y aprobante; pero siempre dudé de que quisieran entender del asunto tantas ilustres abuelas, madres y hermanitas de la caterva colegial.

Sólo me informó alguien de que luego, al salir y tomar sendos coches blasonados, unas a otras se decían: «¡hija, qué maestro de escuela ése, tan charlatán y flaco y descolorido!»... Razón tenían, de sobra, las señoras duquesas, marquesas y condesas, que no debieron de entender palabra y que harto hacían defendiéndose, con su abanico, del calor de junio...

Ahora, Elías amigo, después de tantos años y tantas novedades, en este sabio medio pedagógico, ¿qué ha de decir su prehistórico y humilde maes-